

EDUCACIÓN PARA EL DIÁLOGO

Jesús García García

Licenciado en Filosofía y Letras, especialista en Formación de padres y profesores

PREMISA

1.- INTRODUCCIÓN

- 1.1 Una incertidumbre líquida
- 1.2 Algunas respuestas a la incertidumbre líquida
- 1.3 La educación como emergencia

2.- ¿POR QUÉ AHORA EL DIÁLOGO?

- 2.1 Diálogo y situaciones de emergencia: tres ejemplos.
- 2.2 Un diálogo necesario para reconciliar-nos en la incertidumbre

3.- DIALOGAR PARA EDUCAR Y EDUCAR PARA DIALOGAR

- 3.1 En el centro la persona y su crecimiento
- 3.2 Educar desde el diálogo
- 3.3 Educar para el diálogo

04.- PERSPECTIVAS, PROPUESTAS Y MÁS INCERTIDUMBRES

PREMISA

En 1982, a los dos años de licenciarme en Historia del Arte y tras años de búsquedas y tras las vacilaciones propias del momento, me ofrecieron trabajo en un Centro de Formación Profesional, como profesor de las asignaturas de lo que se denominaba Formación Humanística. El plan era perfecto; podía enseñar lo que me gustaba, podía seguir mi gran ideal, mi gran utopía: enseñar Humanidades.

Una utopía que se derrumbó a los pocos días. A mis alumnos no les interesaba en absoluto aquello que me entusiasmaba a mí.

Les resumo rápidamente. Mi idealismo por “enseñar” Arte, Historia o Lengua Española se transformó en tragedia por intentar motivar a los alumnos; fue ahí donde me di cuenta de que –quizás- sabía enseñar, pero que educar era otra cosa, más profunda, más compleja y que necesitaba de una formación que yo no tenía.

Ahí empezó una travesía vital y profesional desde profesor de Historia del Arte a especialista en formación de padres y profesores.

Travesía que me llevó a formarme en conceptos y dinámicas pedagógicas pues mi entusiasmo no era suficiente y no suplía mis carencias en este sentido. Esta circunstancia

me ha hecho un autodidacta pedagógico pero, sobre todo, ha fortalecido y consolidado mi entusiasmo por la educación.

De aquí parten estas palabras y estas ideas; en mi caso, es la ciencia la que apoya a la experiencia. A esto he dedicado los últimos años, a buscar razones y fundamentos que apoyen mi experiencia y creo honesto decírselo.

Esa es mi intención esta mañana, comunicar desde una experiencia, un entusiasmo y un convencimiento.

1.- INTRODUCCIÓN

1.1. Una incertidumbre líquida

Tras siglos de búsquedas, avances y retrocesos; de luchas por algo cierto -y parecer haberlo encontrado- nos encontramos –posiblemente - ante la mayor avalancha de malestar existencial y consciente que nunca haya existido; un malestar que, en palabras de Zygmunt Bauman se alimenta de tres elementos: la incertidumbre, la fragilidad y la inseguridad.

Y precisamente las condiciones para afrontar esta exposición a las diferencias, y sigo con las palabras de Bauman, *son exactamente lo contrario a la incertidumbre, la fragilidad o la inseguridad: son certeza, seguridad y confianza. Necesitamos las tres para no tener miedo.*

La certeza significa estar seguro de que puedes hacer lo que quieres hacer. Es una cierta estabilidad a largo plazo. La seguridad tiene más que ver con que tu identidad no está amenazada: si tienes una profesión que te da una posición, que nadie te la va a quitar. Te sientes seguro de lo que eres y eso es reconocido y la confianza es saber que nadie te va a atacar o que no hay veneno en el cigarro que fumas. El problema hoy es que estas condiciones están muy minadas. Puedes enterarte de pronto de que llevas años tomando veneno. El mundo es un sitio peligroso. No hay ninguna certeza de que lo que hacemos hoy previene el peligro. El mundo es muy líquido. No andamos por el mundo, sino que nadamos por él.

Quizás la cita es larga pero ilustra perfectamente el punto de donde quiero partir esta mañana.

Incertidumbre y liquidez se complementan dramáticamente pues cuestionan toda esa amalgama de certezas que creíamos haber conquistado y que actuaban (así lo creíamos) como el líquido amniótico en el que seguir nutriéndonos como humanidad.

Esta incertidumbre líquida ha echado raíces en Economía y en Medicina; en Política y en Tecnología; en el Arte y en la Filosofía, y también en la Educación.

Quizás sea la Educación uno de los ámbitos en los que más se ha enraizado la incertidumbre; por eso, y porque, en el fondo, la educación nos convoca esta mañana, la usaré como bastidor en el que ir tejiendo las ideas.

1.1.1. Crisis de orientación y sentido

Durante los últimos siglos hemos vivido en la certeza de que, entre otros logros, la educación redime a las personas; diría redime a los individuos convirtiéndolos en personas.

Hoy, en cambio, muchos de los niños y adolescentes que se encuentran ante esta oportunidad de ser redimidos –afortunadamente- “por ley”, no se dejan.

Esta es una de las certezas que se han disipado, pero podríamos hablar de muchas más; desde la autoridad hasta el conocimiento; desde la visión del educador sobre sí mismo hasta su consideración social; desde el esfuerzo por educarse hasta la democracia en educación; desde unos padres desorientados que contemplan más la educación como objeto de consumo que como un elemento de valor redentor hasta unas políticas educativas que nacen con el estigma de la perentoriedad, fruto de monólogos encontrados y condenada a desaparecer con las mudanzas de los partidos gobernantes.

En cualquier caso, no quiero decir que estos ámbitos de certeza no existan o no estén ahí; la cuestión es que no sabemos cómo llegar a ellas, cómo ponerlas en juego y cómo conducirnos en ellas. Es decir, estamos desorientados y estamos gestando una educación desorientada.

Y todo esto en un momento, como dice el profesor Cardús i Rios en el *que todo el mundo ha reconocido la importancia estratégica de la educación, es cuando atraviesa la mayor crisis de identidad de su historia.*

Y, tras los denodados esfuerzos por abrirnos paso en esa maraña de inseguridades, y quizás por ello, nos encontramos, como diría Freinet, *cansados y desalentados en las encrucijadas de los caminos*; es decir, no encontramos el **sentido** a lo que hacemos.

Prueba de ello es la introducción de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación en educación; medios potentes, recursos altamente eficaces, pero ¿Con qué sentido? ¿Orientados a qué valores?

1.1.2. La era de la incertidumbre

En 1999, la UNESCO solicitó al sociólogo e investigador francés Edgar Morin un trabajo encaminado a plasmar las bases conceptuales que sustentarían un Proyecto situado dentro del “Pensamiento Complejo”; Morin, tras convocar a decenas de pensadores de todo el mundo para que el proyecto fuese verdaderamente global y multidisciplinar, recogió las conclusiones en un extraordinario texto que tituló los “*Siete Saberes necesarios para la educación del futuro*”.

Pues bien; uno de estos saberes es el de afrontar las incertidumbres. Todas las sociedades han vivido en la creencia de que la perpetuación de sus modelos se producirá de forma natural. Pero, una tras otra, se han ido sucediendo y hemos llegado al Siglo XXI - son sus palabras- *con más preguntas que respuestas.*

La incertidumbre como *saber necesario* para afrontar la educación del futuro en tanto que, dice Morin: *inducimos a nuestros alumnos a creer que con lo que están aprendiendo van a tener resuelto su futuro, mientras que lo razonable sería ayudarles a construirlo.*

1.1.3. La modernidad líquida

Pero no todo acaba ahí; esta incertidumbre se nos presenta, además, fragmentada e inestable: Este es otro aspecto de esta sociedad **líquida**; es más, es lo que la hace ser tal. Al igual que los líquidos, nada es fijo ni estable; todo se puede mover y todo se puede cambiar. Y así aparecen igualmente inestables y frágiles los vínculos entre las personas, el futuro o las convicciones morales.

En tiempos líquidos, resulta tan impensable, por ejemplo, plantearle a un estudiante que debe respetar a su profesor y no usar el teléfono móvil en clase o proponer el esfuerzo como acicate para ir adelante no ya en los estudios sino en cualquier aspecto de la vida. Esta “sociedad líquida” hace que cualquier opinión se pueda situar al nivel de certidumbre; y que hoy podamos opinar una cosa y mañana la contraria.

Este tiempo “líquido” es tal, en definitiva, porque el ser humano no logra insertarse de lleno en estructuras “sólidas”.

Podríamos decir que estamos inmersos en una cierta neurosis: queremos afrontar de forma líquida estructuras que son intrínsecamente sólidas, como la educación; esperamos respuestas “ciertas” a interrogantes que, por fragmentados, no sabemos ni siquiera cómo formularlos.

1.2.- Algunas respuestas a la incertidumbre líquida

1.2.1. La incertidumbre “es” la respuesta

¿Y no será que hemos entronizado las certezas hasta el punto de convertirlas en un tótem mágico que, cuando se nos ha caído, nos ha llevado al desánimo, a la decepción y al catastrofismo? ¿No será que, al igual que en las culturas del mito, nos hemos revuelto contra la deidad en lugar de plantearnos que, quizás, estábamos ante una ilusión que creíamos solución mágica?

Creo que este es el punto de inflexión. Finalizada la era de las certezas, la incertidumbre es la respuesta; Ya Einstein apuntaba en este sentido

La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. En la crisis nacen la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar 'superado'.”

Y es que el único modo de vivir con incertidumbre consiste en aceptarla. Pero no de forma resignada. La aceptación significa reconocer la situación de incertidumbre en que nos encontramos, reconocer que es dura, que es estresante, darnos cuenta de lo que sentimos y, sobre todo, reconocer que necesitamos ayuda si es que la necesitamos; reconocer que no tenemos todavía las respuestas, los medios, los recursos, que ahora no podemos hacer nada... En el fondo ver la realidad tal como es.

1.2.2 De la absolutización del yo a la persona-en-relación

Pero, volvamos a la educación.

La Historia de la Educación es, en el fondo, la historia de una Humanidad que se ha ido desvelando a sí misma como tal; de un ser humano que ha buscado en sus propias raíces su verdadera identidad y de un ser humano que se ha esforzado para que sus hijos sean más humanos que las generaciones anteriores.

Pero conforme ha profundizado en sus propias raíces, en su identidad, conforme ha ido sintiéndose más ser humano, ha ido encontrándose con otras individualidades.

El “*pienso luego existo*” cartesiano tiene tanto de hito histórico como de escollo. Conforme el ser humano ha ido desvelándose a sí mismo, ha ido tomando conciencia de que su individualidad se encontraba (chocaba o colisionaba) con la individualidad de quien tenía a su lado.

La consecuencia ha sido la de un Yo absolutizado que se sitúa frente a los demás considerándolos un no-yo; identificando distinción con oposición, considerando al otro, en palabras del profesor Gennaro Cicchesse, *como alguien “distinto” de mi, en el sentido de opuesto a mí.*

Las consecuencias las conocemos, las sufrimos e incluso – me atrevo a decir - vivimos en ellas.

Este yo absolutizado es tan potente que, ante un momento tan pujante de la Historia en el que se declara que todos somos **libres, iguales y hermanos**, ensalza las dos primeras y casi olvida la tercera.

Este revolucionario principio resolvía para siempre la cuestión del YO. Y lo hacía al situar al individuo en su justa posición. Pero, para ello eran necesarios los tres principios.

Una sociedad en la que cada individualidad es libre e igual a la otra pero no tiene en cuenta la fraternidad, está continuamente en un choque de trenes en el que las libertades de unos colisionan con las de los otros.

Mientras estaba encarcelado, Martin Luther King escribió una famosa carta en la que una de sus frases nos ilustra bien esto que queremos decir:

Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces; pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir como hermanos.

Cuando, además de ser libres e iguales, somos hermanos, se disipan las dudas sobre cuál es la dimensión que mi ser tiene en relación con el ser de los demás. Cuando, junto a mis derechos individuales y a mi inviolable capacidad de ejercer mi libertad, está el hecho de que hay un “TÚ” que me atañe, que forma parte de mí (como yo forma parte de él) y del que soy responsable (como él lo es de mí). Cuando el “OTRO” forma parte de mi identidad más profunda, se aclara todo y se resuelve todo.

Aquí está el escollo y, por ende, el salto que tenemos que dar. Aquí está el problema y también la solución. Esta es la gran incertidumbre a la que debemos abrirnos desde cualquier ámbito, y también desde la educación.

Nada más incierto que el otro; el otro que es “distinto” y hermano; pero precisamente por eso, porque es hermano me permite entrar en su diversidad, en su incertidumbre.

Pues bien, si aceptamos esto, estamos aceptando el incierto dinamismo de una reciprocidad que nos abre al diálogo.

1.3. La educación como emergencia

1.3.1 Educar como un acto de urgencia

Es curioso pero, al final, se le acaba pidiendo (desesperada) ayuda a la Educación. La educación sigue siendo esa piedra angular a la que se recurre para paliar todos los daños y solventar todos los problemas; uno de los ejes sobre los que gravita al futuro de la sociedad.

Un buen amigo y maestro, el profesor de Beni afirma que *“tras cada tragedia, cuando la sociedad está en crisis o atravesada por profundas transformaciones, es la sociedad misma la que confía a la educación su posibilidad de supervivencia y cambio”*

Es a la educación a la que se le pide urgentemente que realice su labor.

Ya en algunos países Latinoamericanos empezó a usarse la expresión “Emergencia Educativa”. Era un término que hacía referencia a la implantación de programas educativos, encaminados a hacer llegar medios y recursos a zonas pobremente escolarizadas.

Después cruzó el Atlántico y ha terminado por imponerse en Europa en los últimos tiempos. Pero, al llegar a Europa lo ha hecho con connotaciones menos administrativas y, sobre todo, en labios de Benedicto XVI se convirtió en una apremiante llamada a una educación más auténtica

Una llamada que no es nueva pero, como hemos visto, el contexto sí es muy nuevo. Hace tiempo escuché una entrevista a dos pedagogos. El primero de ellos pronunció una frase que, por inesperada, me dejó gratamente perplejo y me resultó estimulante por el riesgo que asumía y el reto que lanzaba: *“la crisis actual no es sólo económica, es la crisis de*

quien no cree en una nueva Humanidad renovada por las futuras generaciones, en su educación y en las comunidades que educan”.

Posiblemente hasta ahora, porque vivíamos un tiempo de certidumbres y (aparentes) seguridades, los medios, las tecnologías o el mismo conocimiento, nos ofrecían una enorme seguridad a la hora de elaborar nuestro discurso y ocupaban un lugar central en la educación. Y, posiblemente, en la misma línea, hemos ido descuidando (o teniendo poco en cuenta) los valores que deberían subyacer a ese marasmo técnico para encaminarlo sabiamente hacia esa “Humanidad Nueva” renovada por comunidades que creen en la educación y por ello educan.

Cuando se nos plantean ciertas situaciones-límite que parecen bloquear la posibilidad de educar a las futuras generaciones y todo lo que ello conlleva, estamos ante un momento de oro para buscar nuevas opciones educativas. Viktor Frankl llegó a decir que *cada época tiene su neurosis y, en consecuencia, necesita una terapia adecuada.*

Según parece, esa urgencia se le demanda a la educación. Y no debe extrañarnos que, una vez más, se recurra a la educación como salvavidas, pues y sigo con Viktor Frankl, la educación contiene, como ninguna otra disciplina, todos los recursos

“para permitir al hombre de hoy encontrar también mañana el significado de las situaciones, a pesar de la desaparición de las tradiciones y de los valores transmitidos con ellas”.

1.3.2. Educar como manifestación emergente

Pero hay otra consideración de esa “emergencia”; afinando excesivamente en las connotaciones del término, algo emergente es algo que urge, pero también es algo que emerge, que irrumpe y se abre paso.

El 10 de Noviembre del año 2000, en una abarrotada Basílica Nacional de la Inmaculada en Washington DC. Chiara Lubich pronunció un novedoso discurso con el que agradecía el Doctorado Honoris Causa en Pedagogía que le confería la Universidad Católica de América.

Llegado un momento Chiara Lubich responde a una pregunta que ella misma se formula:

Pero, -preguntémonos- ¿qué es la educación?

La podemos definir como el itinerario que el sujeto educando (individuo o comunidad) cumple, con la ayuda del educador (de los educadores), hacia un deber ser, hacia un fin considerado válido para el ser humano y la humanidad (...)

Un fin asignado desde siempre a la educación (formar al hombre, su autonomía) que se explica, casi paradójicamente, en el formar la persona/relación(...) capaz de trascenderse a sí misma en la relación con los demás

La novedad de este planteamiento pedagógico no estriba, posiblemente, en los contenidos del mismo; ni la idea de “itinerario” es nueva, ni la idea de orientar la educación hacia un “fin” es nueva, ni la propuesta de la “socialidad” es nueva.

La novedad de estos rasgos estriba en la claridad de la formulación y la rotundidad de la finalidad: **formar una persona/relación.**

En esta definición se contextualiza a la perfección esa terapia a la que Viktor Frankl hacía referencia.

Frente al modelo de persona-aislada-individualista, **urge y emerge** formar una **persona-en-relación.**

Una educación que asume esta finalidad, como dice el sociólogo Pier Paolo Donati, significa

“poner el acento en la fraternidad y superar el horizonte de una solidaridad que hace iguales a los individuos, pero no libres de expresar su personalidad, su creatividad, su sentido innato de acogida hacia quien es diferente.

*Supone, educar para una ciudad del diálogo (...) Es, en definitiva, la visión atisbada, pero evidente y meridiana, de un cambio social que viene definido en términos de “relaciones” sociales no tanto de cambio de valores y criterios **individuales**”*

De nuevo y una vez más creo que la extensión de la cita se justifica por la claridad del mensaje que contiene. Esta es, repito, la educación que urge y emerge a la vez

2.- ¿POR QUÉ AHORA EL DIÁLOGO?

2.1- Diálogo y situaciones de emergencia: tres ejemplos.

Evidentemente ante estas necesidades educativas, ante esta emergencia, como en tantas otras emergencias –no sólo educativas- se apela al diálogo. Es más, en palabras de profesor Giuseppe Milan: *La cuestión pedagógica del diálogo siempre se plantea a partir de una emergencia*

2.1.1.- Buber y el “tiempo sin casa”

A final de los años 30 del pasado siglo, en pleno fragor de la tragedia del nazismo de la que él debía huir, Martin Buber escribía: “Vivimos una época sin casa, nos hemos perdido en pleno campo abierto y no tenemos ni siquiera cuatro estacas para alzar una tienda.

Buber no se refería a una casa de paredes y habitaciones; en ese infernal contexto se refería a una morada más íntima, más íntima y urgente, a la que él define como es espacio del *encuentro auténtico Yo-TÚ en el que el diálogo nos llama a salir de nuestro autocentramiento en el que la palabra es monólogo, pensamiento único y parloteo muerto.*

La plena actualidad de esta aseveración es evidente.

2.1.2.- Chiara Lubich y el diálogo con el “Tú” que no pasa”

A pocos años de distancia, en el Trento arruinado por las bombas, una jovencita, vivía – como tantos en su ciudad- el drama de una absurda guerra.

“Derrumbe” de casas destruidas por las bombas pero, sobre todo caída de valores y de ideales. La joven Chiara Lubich, aun percibiendo la ruina global, se sitúa en posición de diálogo con TÚ superior, que no pasa, que no se derrumba y que habla con Palabras de Vida. Y, ahí descubre la fuerza educativa del Amor y en particular del Amor recíproco. También aquí, la fuerza arrolladora del diálogo surge de las runas y de una de las más oscuras crisis de la Humanidad.

2.1.3 - Freire y el diálogo para “reconstruir la Humanidad”

Con algunos años más de distancia y cambiando de Continente, Paulo Freire denuncia la orfandad a la que lleva a los niños la injusticia y la opresión, en un mundo en el que la palabra es monólogo, vaciedad y palabrería que ha fortalecido un analfabetismo no tanto instrumental, cuanto afectivo y relacional.

2.2.- Un diálogo necesario para reconciliar-nos en la incertidumbre

En cada uno de los tres casos, se plantea la centralidad del ser humano, no como ser aislado sino como “encuentro”, como diálogo en su valor más profundo. Y, la educación como camino de y para el diálogo

Hoy también vivimos en el tiempo sin casa de Buber; en el analfabetismo afectivo de Freire o en el derrumbe global de los tiempos de Chiara Lubich.

Hoy, como entonces, ante esta crisis líquida de incertidumbre del propio” ser”, el diálogo se sitúa como el gran camino, como la ruta a seguir para la auténtica realización de la persona y su verdadera identidad.

Es más, es la incertidumbre misma la que alienta a este diálogo. Es un diálogo que, antes que nada, se abre a lo incierto del otro, le ayuda a crecer; este es el diálogo que nos reconcilia como personas en la educación.

2.2.1- El diálogo más allá del método

Hasta ahora el diálogo se proponía como medio necesario para lograr aupar a la persona. Un medio para formar una persona capaz de “ser ciudadano de la Polis” “liberarse”, ser “buen cristiano y honrado ciudadano” o situarlo como “centro del proceso”.

Una vez que la aspiración a formar una persona-relación se ha desvelado como respuesta a la incertidumbre y como terapia a las neurosis de una fragilidad líquida, el diálogo, como columna vertebral de la reciprocidad se presenta no ya como medio, sino como finalidad y, en consecuencia, como contenido.

Por eso me parece oportuno caracterizar, en la medida de lo posible estos “contenidos” para un diálogo auténtico

2.2.2 El diálogo como “tacto”

De entrada, el diálogo debe ser sensible. Me sirvo de la expresión “tacto” con la que Max Van Maanen designa la sensibilidad con la que el buen educador desempeña su tarea educativa.

Desde la perspectiva del “tacto”, el diálogo es algo preparado y anticipado por la propia actitud del educador que más allá de una buena comunicación, se ofrece al educando su propia entrega y su propio compromiso.

De entrada, el diálogo va más allá de la palabra y de la transmisión de la información. Es una “fuerza” que se anticipa al alumno o al hijo, en palabras de Van Maanen

Influyendo en ellos con tacto; no de forma autoritaria, controladora, dominante ni manipuladora (...) y no creará la sensación de dependencia o impotencia.

El tacto en el diálogo es algo que parte de la sensibilidad pero que tiene en cuenta esa fuerza incontrolable que es *la libertad de la persona*.

En palabras del profesor García Gutiérrez

El tacto pedagógico facilita llegar a formar alumnos en la densidad y profundidad que supone la relación educativa, respetando su intimidad y su autonomía

2.2.3 EL diálogo como “invitación”

El profesor Milan, al que hemos hecho ya referencia, se refiere al diálogo como “un viaje de hospitalidad que prevé el arte de **invitar** al otro (...) reconociendo la importancia del TÚ y manifestándose pobres y necesitados ante el otro”.

Lejos de una posición negligente, esta “invitación” hace referencia a ponerse al servicio del otro para impulsarlo a la empresa de superación de sí mismo.

Es aceptación incondicionada que no acrítica; Aceptar es “hacerse cargo” “contener” y “abrazar”.

Este es, sucintamente, el matiz de esta invitación: aceptar totalmente la persona del educando valorando sus recursos y potencialidades.

2.2.4. El diálogo como “visitar”

Seguimos en la misma ruta pero en otro sentido; si antes se trataba de “invitar” a los educandos, ahora nos proponemos hacerles una visita, salir de nosotros mismos e ir a su encuentro.

Y el itinerario que conduce al otro es la empatía. Una empatía que es la capacidad de ponernos en el lugar del otro, (en sus deseos, pensamientos, necesidades, mentalidad,

experiencias, historia...) permaneciendo como “nosotros mismos” (es decir, educadores) y manteniendo la necesaria distancia interpersonal que nos permita ayudar a crecer.

Es todo un arte, pero no es imposible. Es, en palabras de Martin Buber, mirarnos y hablarnos desde orillas opuestas, con la conciencia de que podemos cambiar de orilla. Se trata de construir una nueva identidad que va más allá de la identidad de cada uno, conservando cada identidad personal pero enriquecida con la “visita” libre que cada uno hace a la identidad del otro.

2.2.5. El diálogo como “confirmar”

Confirmar es decir “tú existes”, es afirmar al otro, no destruirlo; es construir su persona y su personalidad.

La palabra que se introduce en este juego de hospitalidades es una palabra que fortalece, que construye, que vivifica. Es la palabra que, según Platón, *escribe en el alma del educando aquello que es verdadero, justo, bello y bueno.*

Podíamos hablar de expresión y comunicación facilitadora, como anunciadora de la reciprocidad.

De nuevo, el desafío; no es fácil, repito; muchos de nuestros esquemas comunicativos tienden a negar al otro.

De nuevo, la apertura a una estimulante incertidumbre que nos lleva, en este caso a diseñar y trabajar en dinámicas comunicativas adecuadas al diálogo que pretendemos

2.2.6. El diálogo como “con-vivir”

Finalmente una última consideración. No basta comprender, ni acercarse o comunicar; para educar auténticamente; en palabras de Buber es necesario un paso ulterior, un paso al que él llama “lucha” con el otro. No para destruir (como se podría entender erróneamente) cuanto para ayudar responsablemente al otro a que llegue a ser lo que puede y debe ser.

Chiara en su discurso de Noviembre de 2000 sostiene que supone una “lucha educativa” en la que a veces hay que decir “sí” y a veces “no” que es “educar hacia lo difícil” pero que es el antídoto de la indiferencia.

No se puede educar sin este juego de encuentros y desencuentros; y, por lo tanto, también aquí, el diálogo nos sitúa ante otro desafío.

3.- DIALOGAR PARA EDUCAR Y EDUCAR PARA DIALOGAR

3.1 - En el centro la persona y su crecimiento

Decía María Montessori que *“si hay que reformar el sistema educativo, es necesario basarlo sobre el niño mismo”*

Quizás los tiempos actuales no están tan impregnados de “adultismo” como la época en la que Montessori pronunció esa frase. Desde 1943 se han desarrollado muchas ideas pedagógicas sobre la centralidad del niño, del educando.

A pesar de ello, nunca debemos de perderle la mirada a esta centralidad básica del educando; El niño, el adolescente y el joven son el centro del proceso. Son el centro en tanto que lo importante es su crecimiento, su desarrollo y su llegada a buenpuerto como persona adulta. Y ojalá los expertos (teóricos, políticos y técnicos educativos) nunca olvidaran esto y este fuera el gran centro del debate educativo.

Ahora bien, en el centro está la persona-en-relación; y esto, de alguna manera “modifica” el discurso educativo; y lo modifica porque lo amplía en tanto que en el centro no está sólo el aprendizaje sino una serie de dinámicas, diría testimoniales, que nos aproximen cada vez más a un aprendizaje más relacional que, sin desdeñar la información sitúe en tenga en cuenta la centralidad de la relación. Es lo que plantea Donati a quien hemos hecho referencia al afirmar que

“Se trata de mantener viva la capacidad de pensar críticamente, de forma autónoma (y para ello) se hacen cada vez más necesarias competencias fundamentadas en recursos relacionales: (...) expresión de una cultura de la relación”

3.2 Educar desde el diálogo

Y ahora se trata de ponernos manos a la obra.

Hasta aquí hemos situado las bases para comprender, motivarnos, si somos coherentes con el lenguaje y la mentalidad educativa, para desarrollar una educación para el diálogo y con el diálogo.

Ahora nos toca plasmarlo en lo concreto.

Me permitiré simplemente enunciar algunas ideas básicas para que nos sirvan de estímulo para posteriores encuentros, congresos o momentos formativos.

- La primera cuestión a plantear es que el diálogo es “educable”; es decir se puede entrenar y se le debe dar prioridad en el ámbito competencial.

De la misma manera este diálogo debe impregnar toda la transversalidad de la educación

- En segundo lugar, los educadores deben llegar a la escuela formados en el diálogo educativo, y competentes técnicamente para educar en el diálogo.

- En tercer lugar, habría que favorecer la escuela (y la familia) como un ámbito experiencial en el que los alumnos (y los hijos) se desenvuelvan en un clima de dialogo testimonial y ambiental que, como bien sabemos es el mejor campo de entrenamiento para adquirir y desarrollar competencias.

Un espacio así, inevitablemente, acaba involucrando a los chicos con lo que el aprendizaje gana en eficacia; Supone seguir el novedoso y tradicional principio atribuido a Benjamin Franklin “Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo”

En un espacio así los educandos perciben en sus educandos la escucha, la expresión correcta, la ayuda y el intercambio; pero también los desacuerdos y las posturas opuestas.

Todo esto es objeto de la educación y “testimonio” a ofrecer a nuestros hijos y alumnos como contenido.

Y este ambiente testimonial hay que estimularlo e incentivarlo. ¿Por qué de la misma forma que hay centros “TIC” o centro “Bilingües”, no se crean espacios de “diálogo” a los que se premia, se valora o se tienen en consideración.

3.2 Educar para el diálogo

Para concluir, debemos fijarnos en la mente (y en las intenciones) procurar que nuestros hijos y alumnos no tanto crezcan con el diálogo sino que, como decía Ignacio de Antioquía “sean” diálogo.

A partir de aquí sólo queda esperar a ver los resultados pero estos nunca se verán si no nos lo proponemos.

Les aseguro que ya hay iniciativas y experiencias, quizás algunas las conoceremos incluso las compartiremos a lo largo de esta jornada.

En cualquier caso, y haciendo nuestras las palabras del Papa Francisco

“estamos comprometidos en “diseñar una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones.

(...) No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural.”

04.- PERSPECTIVAS, PROPUESTAS Y MÁS INCERTIDUMBRES

Hasta aquí la intención por aproximarnos a la educación, al diálogo y a la relación entre ellos.

Hemos intentado partir de una realidad que es tal pero que no es la única verdad; de una realidad que, aun siendo incierta, nos abre a la esperanza y de una realidad casi neurótica a la que desde el diálogo y la relación fraterna entre personas queremos ofrecerle una terapia.

Creo que hemos podido contemplar cómo esta incertidumbre líquida en la que nos movemos no nos aplasta, sino que, ella misma es respuesta si logramos abrirnos a ella y entrar para amar y servir al otro.

Hemos recorrido algunos caminos del diálogo: la sensibilidad, la confirmación, la invitación o a la empatía; en el fondo, nos hemos dado cuenta de que no hablamos tanto

de “técnicas” o “acuerdos”, sino de algo más profundo, un espacio de testimonio recíproco entre personas distintas en el que queremos ayudar a formar una persona – relación.

Pero un desafío llama a otro, como una incertidumbre llama a otra. Y así, desde estas comprensiones se nos abren nuevos desafíos.

¿Cuál debería ser el compromiso metodológico y ético que asumen aquellas personas que propugnan el diálogo educativo?

¿Cuál debería ser la metodología política para diseñar unas políticas educativas encaminadas al diálogo?

¿Con quién y cómo ejercer ese diálogo?

¿Cómo afrontar los costos (no sólo económicos) y rentabilizar los beneficios de ese diálogo?

¿Cómo hacer que nuestra educación (democrática y para la democracia) integre cada vez más las dinámicas dialógicas en oposición a la confrontación o la primacía de las mayorías?

¿Cómo integrar el dialogo en las nuevas Tecnologías de la Informacion y la Comunicación?

En cualquier caso, y si me lo permiten, me gustará concluir con una fábula que me acompaña vitalmente en mi práctica educativa y me ayuda a recuperar el ánimo cuando el desaliento o la desesperanza se presentan

Es un pensamiento budista que escuché hace tiempo en una conferencia

Un sabio, mirando hacia la lejanía, vio una figura dibujarse en el horizonte y gritó: “Veó una bestia”

Más tarde, cuando la misma figura se fue perfilando en la cercanía, exclamó: Veó una persona que viene a mi encuentro”.

Finalmente, cuando la tuvo a su lado, dijo con voz calmada: “Veó un hermano que está en la cima de mi corazón”.

¿No será acaso el diálogo el que acorte las distancias y nos permita acercarnos para vernos menos bestias y más hermanos?

Muchas gracias

Jornada Educación para el diálogo. Las Matas, 5 de julio de 2014